

Bicentenario batalla naval del lago 24 de julio de 1823

Ángel Rafael Lombardi Boscán*

I

"Todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho. Todo lo que vemos es una perspectiva, no es la verdad".

Marco Aurelio

¿Qué tanto conocemos de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo del 24 de julio de 1823? Cada vez que indago descubro que sé muy poco en realidad. Son muchas las lecturas y los recuerdos fragmentados. Son más las omisiones que las certezas. Y lo inventado es lo que prevalece.



Reproducción de la obra .Larry Parra Queipo.

Obra: Batalla naval del Lago de Maracaibo

Fecha: mayo 25 de 1930

Autor: Régulo Díaz, Kuruvinda

Medidas: 315 X 180

Técnica: Óleo sobre tela

* Director del Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia. Premio Nacional de Historia de Venezuela, ANH, 2007.

Para empezar, ya tenemos un intríngulis alrededor del siempre vigente tema borgiano del héroe y traidor. Padilla, el héroe en 1824, en las hermosas riberas del majestuoso Lago de Maracaibo, ya es traidor, en la fría Bogotá del año 1828. Bolívar, dio la orden de fusilarlo por traidor, porqué supuestamente acompañó el complot que intentó asesinarle. Urdaneta, el gran héroe zuliano, es el encargado de que el pelotón de fusilamiento haya acabado con la vida del Almirante Padilla. La historia, humana al fin, no es nada apacible ni justa que digamos.

La escuadra de Padilla es una confluencia de barcos que provienen de Cartagena y Santa Marta. Y otros de Puerto Cabello. Había que cercar y tomar Maracaibo y solo esto era posible controlando las rutas marítimas y destruyendo las pocas fuerzas navales realistas en el Caribe. Después de Carabobo el 24 de junio de 1821 los restos del ejército realista encontraron refugio en Cumaná y Puerto Cabello. Entre ellos existió la remota expectativa de ser socorridos desde el mar desde Cuba y Puerto Rico.

Para comprender esta etapa final de la Guerra de Independencia entre los años 1822 y 1823 hay que remitirnos a lo que se conoce como la Campaña de Maracaibo. La mayoría ignora esta campaña porque supone que Carabobo fue el punto final. Además, Simón Bolívar, ya no está en Venezuela sino Páez y Soublette como los encargados de rematar la faena.

La Campaña de Maracaibo fue la resurrección inesperada de un moribundo. Porqué La Torre, jefe militar principal realista, no se rindió al asedio que Páez le impuso en Puerto Cabello. En dos años y medio, desde Puerto Cabello, los realistas se lanzaron a la ofensiva y conquistaron Coro, Maracaibo y los Andes venezolanos. A mediados de 1822, Miguel de la Torre, es obligado a dejar Venezuela y se trasladó hasta Puerto Rico. Francisco Tomás Morales, asumió como Capitán General y consolidó la conquista militar del Occidente. Esto hizo prender las alarmas en el campo republicano que organizaron de inmediato una contraofensiva por mar y tierra para acabar con el audaz jefe realista y sus muy disminuidas fuerzas. Es en este contexto en que tenemos que ubicar la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, ocurrida el 24 de julio de 1823, como la culminación exitosa de los esfuerzos militares republicanos de abatir definitivamente esta reacción post Carabobo.

Así tenemos que hay que hacerse un mapa mental primero para identificar los espacios, sus rutas, las fuerzas militares implicadas, las embarcaciones marítimas y actores principales y secundarios. Y no sólo los de un solo bando. Ya que hubo un vencedor y un derrotado. Conocer ambas versiones. Lo más común es que este tema sea prisionero de la tenaza patriótica y de la exaltación del vencedor que termina monopolizando los recuerdos e impone las celebraciones. Es importante señalar que los historiadores con formación profesional no nos dedicamos a la Historia Patria y mucho menos a la exaltación de los héroes. Cuando mucho llevamos a cabo un intento de comprensión lo más amplio posible y desde la pluralidad de las miradas.

El “inicio” de la Batalla Naval del Lago sucedió el 1 de mayo de 1823 en Puerto Cabello,

también conocido como combate naval de Isla Larga. Tres meses antes de Maracaibo. Esto es clave. Laborde, “Segundo Jefe de las Fuerzas Navales de la América Septentrional”, y su flotilla, rompen el bloqueo que impone la escuadra republicana bajo el comando del comodoro estadounidense John Daniel Danells sobre Puerto Cabello. Las cartas de ambos contendientes se revelan. Es bueno acotar que la escuadra republicana estuvo respaldada por embarcaciones de guerra estadounidenses, británicas y francesas. La lucha naval durante la Independencia fue irregular e intermitente por el muy bajo número de las embarcaciones implicadas. Fue más bien una guerra entre corsarios. Unos al servicio de España y otros al servicio de la naciente nueva República de Colombia. El Mar Caribe fue el epicentro de la confrontación geopolítica colonial desde el siglo XVI con la presencia de las viejas y nuevas potencias destacando la presencia de Inglaterra y Estados Unidos cuyas marinas de guerra fueron las más robustas.

Ya hemos dicho que Bolívar está en el Sur. Y su “espalda” quedó al descubierto por el audaz e inesperado movimiento de Morales ocupando todo el Occidente de Venezuela con la amenaza latente de incursionar sobre la Nueva Granada. Santander es quién reaccionó ante éste inesperado peligro y envió una escuadra desde Cartagena al mando de Padilla. Soublette y Páez desde Venezuela coordinan el cerco desde el flanco oriental. El general Manuel Manrique, cojedeño, es el encargado de liderar las tropas terrestres que transportó Padilla hasta el Lago de Maracaibo. Ambos jefes tuvieron discrepancias insalvables. De la misma forma que las tuvieron Morales y Laborde. Algunos historiadores señalan estos brotes de indisciplina como auténticas “guerras civiles”: historias secretas y ocultas, muy humanas por cierto, pero que desentonan en los relatos heroicos.

La estrategia naval tenía que estar acompañada por una estrategia terrestre para cercar al Zulia y derrotar a las fuerzas de Morales que tuvieron la expectativa de ser reforzadas desde Puerto Rico y Cuba. Los republicanos lanzaron ataques desde la Guajira, Gibraltar y los Puertos de Altigracia en combinación con la escuadra de Padilla ya internada dentro del Lago desde el 8 de mayo cuando entró a forzar la barra. Los medios militares de los republicanos fueron muy superiores comparados con los de los realistas. Bastaría con sumar el número de cañones y carricañones de parte y parte y el tonelaje de las embarcaciones implicadas en la refriega.

Laborde, fue el encargado de una misión de rescate y salvamento, diríamos que imposible por la falta de medios militares adecuados. Además, llegó tarde, tan tarde y sin barcos, ni ejércitos y mucho menos dinero, que le pidió a Morales una retirada ordenada hasta Puerto Cabello que el canario rechazó. Lo cierto del caso es que el último bastión realista en Venezuela, el de Maracaibo, con algunas posibilidades de actividad militar ofensivo: careció de poder de fuego. No había el indispensable dinero para alimentar una máquina de guerra ya de antemano muy disminuida y desmoralizada. Y los secuestros de ganado en Perijá se iban reduciendo en la medida que las fuerzas republicanas iban estrechando el cerco.

Aun así había dos formidables retos que vencer. Uno técnico y otro militar. El primero: entrar al Lago por la Barra y sus traicioneros fondos bajos y sortear al Castillo de San Carlos. Y el otro: derrotar a un marino experto como Laborde que había vencido en Puerto Cabello y venía precedido de muy grande fama como competente marino de guerra. La cronología lo explica todo mejor. 8 de mayo Padilla fuerza la Barra y durante seis días ingresa toda la escuadra con la excepción del bergantín Gran Bolívar que terminó encallando. En el Castillo de San Carlos no hay baterías sólo fusilería y eso no es más que un rasguño. En las recriminaciones mutuas que se hicieron los jefes realistas en La Habana cuando estaban masculando la dolorosa derrota, Laborde le reprochó a Morales su falta de previsión para artillar el Castillo de San Carlos y su displicencia en no atacar a Padilla con la escuadra que tenía acantonada dentro del Lago permitiendo que éste se enseñoree a sus anchas.

Ya dentro del Lago, Padilla se estaciona con su escuadra y reconoce el entorno lacustre alrededor de los Puertos de Altagracia dónde ubica su base de operaciones, secuestra bienes y pertrechos, además de bloquear a Maracaibo porqué tiene superioridad naval. Es de suponer que apresó embarcaciones ligeras, que son las más aptas para circunnavegar el lago y sus muchos ríos, y que a la postre, conformarían lo que se conoce como fuerzas sutiles. Se puede decir, ya conociendo los hechos, que los republicanos ya en ese entonces ganaron la batalla náutica. Es bueno conocer éste importante dato: la escuadra de Padilla, la de los independentistas, estuvo tres meses dentro del Lago de Maracaibo hasta concurrir al encuentro final el 24 de julio.

¿Dónde está Laborde y sus navíos para enfrentar el reto de Padilla ya interno en el Lago de Maracaibo? Laborde llegó el 14 de julio. Y lo hace sin la fragata Constitución y la corbeta Ceres, sus dos principales barcos de batalla, que se habían destacado en Puerto Cabello y tenían un poder de fuego temible. Su alto tonelaje impidió franquear el Paso de la Barra y terminaron fondeando en el apostadero de los Taques en la Península de Paraguaná. Y esto es algo que la mayoría pasa por alto. Padilla pudo preparar la refriega con tres meses de tiempo y Laborde con sólo 10 días. Razón por la cual Laborde, viendo las desventajas tácticas, de su propio componente, propuso una retirada ordenada. Además, Laborde iba a comandar una flotilla lacustre que no era la propia y que no estuvo preparada para el combate naval con ninguna posibilidad de éxito. Y las rencillas mutuas entre Morales y Laborde tampoco ayudaron. Y aun así Laborde mantuvo el tipo.

Si uno analiza el día de la Batalla y la situación de ambas escuadras uno concluye que Padilla vino a “cobrar” mientras que Laborde rezó por un milagro. Padilla atacó con fiereza con toda su escuadra en movimiento con las velas desplegadas. Laborde, alineó en defensa, con sus barcos estáticos y anclados: acoderados diría un marino experto.

Otro dato asombroso: la mayoría de los capitanes de los bergantines y goletas de Padilla fueron extranjeros: franceses, británicos y estadounidenses. Puede que el más diestro de todos haya sido el francés Renato Beluche. Todos ellos con experiencias de años en la

lucha corsaria. Y en el campo realista no se vaya a creer que las tripulaciones fueron todas formadas por andaluces, gallegos, vascos, canarios, castellanos o catalanes. Desde hace un buen rato el ejército realista estuvo formado por soldados nacidos en el propio país dirigido por una oficialidad española desmoralizada por el abandono metropolitano a la que fue sometido.

En la refriega lo que hubo fue una carnicería: el uso de granadas en el abordaje de los navíos realistas fue toda una fatalidad para ellos, dato éste que me aportó el especialista en temas militares Edgar Blanco. Baralt da estas cifras: pérdidas patriotas, “8 oficiales y 56 marineros y soldados muertos y 14 oficiales y 105 marineros e infantes heridos”. Pérdidas realistas: “800 muertos y heridos y 69 oficiales y 569 soldados y marineros capturados”. Yo era uno que le daba poco mérito a este combate naval. Me hice eco de la teoría de un: “Combate de Canoas”. Y esto no es cierto.

Un combate naval a mar abierto en aguas oceánicas es muy distinto que hacerlo en aguas fluviales o lacustres. Y si bien hubo numerosas fuerzas sutiles, es decir, embarcaciones menores; los bergantines y goletas, le dieron relieve a esta hazaña militar.

La conmemoración de estos hechos sucedidos 200 años atrás debe honrar al vencedor y al derrotado. Y debe procurar una compresión amplia de esos recuerdos sin las cadenas ideológicas que impone la “ley marcial” atrapada en el nacionalismo más rancio. A Padilla no se le puede ningunear por su condición de enemigo de Bolívar ya que fue mandado a fusilar por éste en Bogotá en el año 1828. Tampoco por su condición de “extranjero” ya que nació en Río Hacha y entonces fue neogranadino. Y tampoco por ser un guajiro negro. La pretensión de algunos de borrar su nombre y memoria es un completo exabrupto.

Las telarañas ideológicas son censuras que debemos evitar para conocer este hecho que hoy conmemoramos. Y estar claro que todo conocimiento histórico del pasado es parcial, remoto e imperfecto. Con vacíos y deformaciones inevitables como se apuntó al principio de este escrito.

Es la Batalla Naval del Lago la que cierra el ciclo independentista en Venezuela porque el 3 de agosto de 1823, el último Capitán General de Venezuela, el canario Francisco Tomás Morales, capituló. Sólo quedaría el bastión de Puerto Cabello que terminaría rindiéndose a Páez en noviembre de 1823.

Los zulianos celebran y no celebran el acontecimiento porque es desde Caracas y “su Armada” los que están oficiando la Misa Patriótica desde las versiones al uso alineadas con la Venezuela Heroica de Eduardo Blanco. Y además, se hacen estas celebraciones Bicentennarias dentro de un contexto país signado por la tragedia humanitaria y con el proyecto democrático en sus mínimos.



Dice Arthur Schopenhauer (1788-1860) que: “Lo que cuenta la historia no es de hecho más que el sueño largo, pesado y confuso de la humanidad”. La historia escrita que vale la pena es aquella que entiende las limitaciones que le impone la tenaz lucha contra el olvido. Que sabe que las versiones del pasado son miles y sus combinaciones millones. Que sabe que todo relato histórico es más ficción que realidad. Que sabe que no sabe nada en realidad.

El Poder no sabe de Historia. Porque sólo toma aquellos personajes y hechos que le interesa publicitar para apuntalar sus propios intereses en el presente. En cambio lo que les son incómodos los borra o los desdeña desde el más grande desprecio. Por eso la Historia patria no es Historia. Es Mito.

El Rey está desnudo y no nos atrevemos a delatarlo porque es más fácil vivir en las convenciones fundadas en las mentiras. Toda idea dominante es un convencimiento impuesto a los dirigidos por parte de los dirigentes, y que conviene a estos últimos. Y la rebelión ante esos pensamientos de hambre, bajo los auspicios del pensamiento crítico, verdadera llave de la libertad, son siempre incómodos e incomprensidos. El italiano Galileo Galilei (1564-1642) es una demostración palpable de esto que decimos.

Lo evidente no es popular. El Zulia, sus historiadores y sus gobernantes, han vivido con el complejo histórico del Judas no perdonado. A los guyaneses ya se les perdonó su infidencia con la octava estrella en la bandera nacional. A los de Coro se les ignora olímpicamente también.

El Día de la Zulianidad es un 28 de enero de cada año. La escogencia de dicha fecha contó no sólo con un pésimo asesoramiento sino que formó parte de un sofisticado plan de modificar la memoria, en realidad, de ocultar pecados históricos de inconveniente publicidad o revelación.

Ese 28 de enero de 1821, el Cabildo de Maracaibo, se “plegó” muy patrióticamente al bando republicano de Simón Bolívar. Lo que no se dice es que desde el año 1810 hasta 1820 la Provincia de Maracaibo y su Capitán General Fernando Miyares encabezaron una coalición de ciudades y provincias unidas contra Caracas y los aliados de estos. La caída de la Primera República en el año 1812 fue obra principalmente de los ejércitos de Coro.

¿Por qué no decir esto? Porque la verdad molesta a los triunfadores y denigra y avergüenza a los perdedores. Y está escrita una condena de castigo silencioso sobre Maracaibo, Coro y Guayana por acompañar las banderas del rey. Nadie lo dice pero el castigo existe y genera arrepentimientos históricos que buscan lavar el pecado.

Maracaibo, fue realista y cabeza de la contrarrevolución contra Caracas entre los años 1810 y 1820. Y cuando Urdaneta la invadió en los primeros meses del año 1820, violando lo estipulado en el Armisticio de 1820, la ciudad es sólo “libre” hasta mediados de año.

Francisco Tomás Morales, último Capitán General de Venezuela, inició la desconocida y olvidada Campaña de Maracaibo entre los años 1821 y 1823. Cuando ocupó sorpresivamente a todo el Occidente de Venezuela y se hizo fuerte en el puerto-capital de la ciudad de Maracaibo, rey y señor de un hinterland con identidad cultural e histórica propia; económicamente fluido con ramificaciones e influencias tan vastas que le conectaban con los Andes, Apure, Barinas, Aruba, Curazao, la Guajira, Perijá, Cúcuta y Pamplona.

Razón por la cual, Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la Gran Colombia, atendió con celeridad la inesperada maniobra militar de Morales que percibió como una muy seria amenaza. Se puede decir, aunque esto moleste al patriotismo venezolano, que la liberación de la Provincia de Maracaibo fue una operación militar neogranadina más que caraqueña. Esto abre un ariete en la pretensiosa historia militar patriótica venezolana que exige exclusividad en las glorias marciales. Y es bueno recordar que la Campaña Admirable de 1813 se hizo básicamente de la mano de un ejército de la Nueva Granada comandado por Bolívar. A su vez, Bolívar vence en Boyacá en 1819 con tropas venezolanas y británicas.

Estos temas están contaminados por la ideología nacionalista. Razón por la cual el mito es lo que manda y deforma todos los recuerdos suplantando los hechos históricos crudos y reales. ¿Qué tanta verdad histórica estamos dispuestos en aceptar los zulianos y venezolanos en general?

Padilla merece estar en el Panteón Nacional en Caracas. Y también en el Panteón de los zulianos. Fue el principal artífice del triunfo militar que hoy conmemoramos en la Batalla Naval del Lago del año 1823. Pero se prefiere traer a un actor de reparto como Pedro Lucas Urribarri porque nació en La Rita. Lo mismo sucede con Ana María Campos y Domitila Flores, dos supuestas heroínas nacidas en los Puertos de Altagracia, de dudosa existencia histórica ambas.

La hazaña de la Batalla Naval del Lago hay que bajarle el volumen. No fue ni Abukir (1798) y tampoco Trafalgar (1805). La modestia de los barcos en la refriega así lo delata. Tampoco fue una "Batalla de Canoas". Y los capitanes de la flota de Padilla fueron en su inmensa mayoría extranjeros: franceses, británicos y estadounidenses.

La Batalla Naval no fue una contienda entre españoles y venezolanos. Hay que quitarse ese chip mental que no es del todo respetuoso con una memoria más justa del pasado. Salvo la oficialidad, las tropas realistas, estuvieron formadas por venezolanos o zulianos. Y la infantería de marina y la tripulación de los barcos independentistas en su mayoría fueron neogranadinos porque la expedición partió del puerto de Cartagena de Indias.

En la Batalla Naval del Lago las embarcaciones más numerosas utilizadas por los dos bandos fueron las Goletas. Y no todas de un mismo tipo. Las había de gavias y otras de vela-cho. La "Especuladora", una goleta, fue el buque insignia que utilizó Laborde el jefe realista.

La Batalla Naval del Lago de Maracaibo del 24 de julio de 1823 fue una victoria estratégica superior. Porque fue la reconquista militar del Zulia por mar y tierra en unas condiciones

extremas e inéditas. Y que demostró la organicidad de un ejército regular mucho más compactado que las primeras partidas irregulares que dominaron los primeros años de la guerra.

Los historiadores zulianos junto a sus gobernantes harían bien en empezar asumir la “historia como sucedió” tal como lo recomienda el historiador clásico alemán Leopold Von Ranke (1795-1886). Sin vergüenza y sin ocultamientos. Asumiendo todas las memorias; asumiendo las circunstancias de los actores del pasado desde sus propios intereses del momento y no de nuestros intereses en el presente.

La Maracaibo realista se explica por la sencilla razón de una rivalidad administrativa, económica/comercial y política entre Caracas y Maracaibo. Gestada en los tres siglos coloniales. Entre 1670 y 1770, Bogotá, a través de sus gobernantes coloniales, ejerció dominio administrativo sobre Maracaibo aunque era Maracaibo la capital y cabeza de su propio hinterland. Maracaibo fue primero parte de la Nueva Granada que parte de Venezuela (Caracas). El año 1777 acabó nuestra historia neogranadina. La medida centralizadora de los borbones no gustó a Maracaibo. 1810, fue un año de deslindes sobre una rivalidad histórica. Comprender la Batalla Naval del Lago desde esta óptica no sólo la enriquece sino que la hace mucho más veraz.

La novena estrella para el Zulia es algo importante porque reforzaría el sentimiento de unidad nacional y pondría en remojo todos los amagos secesionistas de los zulianos cuya lista de agravios recibidos le avalan para dicha aspiración. Y porque también se harían las paces entre memorias rotas y recelosas entre sí. En suma, compartir la gloria histórica aceptando que ésta es la reafirmación de un compromiso en el presente por una Venezuela mejor.

III

“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

Juan, 8:32

“Corsarios, son aquellos que navegan por cuenta propia, pero como agentes libres autorizados por un determinado Estado a hacer presas de embarcaciones de otros Estados con los cuales el primero se encuentra en guerra”. Luis Britto García, “Demonios del mar. Piratas y Corsarios en Venezuela, 1528-1727”, 1998.

Lo evidente está oculto. La venda patriótica es una operación de camuflaje que blanquea memorias desteñidas; e incluso, prontuarios criminales. Aunque todo está ahí, a la vista de todos.

Hay un cuento de Edgar Allan Poe (1809-1849): “La carta robada” (1844) dónde los más encumbrados detectives y policías no pueden encontrar el objeto de sus investigaciones. Desarmen la casa que esconde la evidencia del delito; buscan en los lugares más recónditos y estrafalarios; y ya finalmente, se dan por rendidos. Sólo un detective perspicaz y disciplinadamente racional con la mente de un experto jugador de ajedrez, encuentra la

resolución del misterio. La carta robada está en el lugar más visible de la estancia principal de la casa: sobre un escritorio.

Así nos sucede cuando estudiamos y se nos presenta a los actores muy heroicos, patriotas y sagrados de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo del 24 de julio de 1823. Las conmemoraciones Bicentenarias les colocan un disfraz de lujo con sus muchas mascararas para no revelar la fealdad o las imposturas. Lo mundano es la sustancia de la historia aunque el discurso patriótico reniegue del mismo.

“200 años de Libertad” es el lema pretencioso de estas celebraciones. Los Padres de la Libertad: los Libertadores; contra las fuerzas oscuras del Imperio del mal y representante de la tiranía más abyecta. Atrapados en una red de chantaje histórico e historiográfico prácticamente sin escapatorias.

La realidad es más compleja. La realidad nos delata que la “carta robada” está a la vista de todos pero nos negamos a verla. Toda la operación militar para desalojar a las diezmadas tropas del último Capitán General de Venezuela, el Mariscal de Campo Francisco Tomás Morales, atrincherado y famélico en las imponentes riberas del Lago de Maracaibo, fue una operación llevada a cabo por naves corsarias al servicio del estado de la Gran Colombia (1819-1831).

La oficialidad neogranadina es visible a través del Almirante José Prudencio Padilla, héroe y traidor. Aunque sus principales capitanes son extranjeros. Pero no son anónimos a pesar de los relatos patrióticos que los han silenciados. Formaron una fuerza Wagner, a semejanza del ejército privado de Yevgeny Prigozhin que estuvo hasta hace poco al servicio de Putin en la invasión contra Ucrania.

Los Próceres Navales de Venezuela fueron básicamente corsarios, piratas, contrabandistas y ladrones de los mares. Luis Brito García diseccionó toda su genealogía que abarcó los tres siglos coloniales en un libro magnifico que invito a revisar: “Demonios del mar. Piratas corsarios en Venezuela 1528-1727” del año 1998.

La guerra corsaria fue una guerra privada hecha por particulares bajo los auspicios de un Estado que les financiaba o les otorgaba las famosas patentes de corso. En el Mar Caribe hicieron estragos contra las flotas españolas que transportaron el oro y la plata desde América hasta Europa durante los tres siglos de la dominación hispánica. La línea divisoria entre el corsario y pirata es tenue e intercambiable. A la violencia legal anteponían la propia. Y las formalidades “modernas” de las guerras institucionales quedaban de lado o como un mero saludo a la bandera.

En la Independencia de Venezuela (1810-1823) se privilegió la guerra terrestre porqué Bolívar fue como Napoleón Bonaparte, un militar de tierra. En la inmensa fachada del eje costero norte que baña las luminosas playas en el Mar Caribe se peleó a través de la guerra marítima corsaria. Y no sólo de parte del bando independentista sino también de parte de

los partidarios del realismo que luego de la derrota en Trafalgar (1805) se quedaron sin marina de guerra robusta.

¿Por qué Santander y Padilla contrataron a un “Grupo Wagner” para incursionar en el Lago de Maracaibo durante la llamada Campaña de Maracaibo entre los años 1821 y 1823? Por la sencilla razón que el Estado de la Gran Colombia no tiene sus propios barcos de guerra, ni escuela de marina y financieramente está quebrada. La guerra de la Independencia se pagó en el propio terreno de los acontecimientos a través del pillaje, el saqueo, el robo, el secuestro y la extorsión. Napoleón Bonaparte decía que la guerra se tenía que pagar con la misma guerra.

Además, ya Simón Bolívar había abierto el camino, siguiendo las recomendaciones de Nicolás Maquiavelo en El Príncipe (1532), sobre las ventajas y desventajas de contratar mercenarios para hacer la guerra de una forma exitosa. La Legión Británica que se inmoló en la Batalla de Carabobo del 24 de junio de 1821 fue otro “Grupo Wagner” al servicio de la causa de los independentistas. Y según la opinión del dictador Marcos Pérez Jiménez en confidencia que hizo a Agustín Blanco Muñoz: Bolívar como no podía pagarles prefirió enviarlos al infierno.

El hoy “contraalmirante” Giovanni Bianchi, italiano, fue corsario al servicio de la causa de la Independencia. El hoy “comodoro” francés Louis-Michel Aury, fue otro famoso corsario en aguas del Mar Caribe al servicio del mejor postor. El “Almirante de la libertad”, el curazoleño Luis Brion, máximo héroe marítimo venezolano también ofreció “sus servicios” a la causa de la Independencia.

Es mejor identificar a los capitanes de la flota de Padilla para salir de dudas.

1. Bergantín Independiente, Capitán de Navío Renato Beluche
2. Goleta Manuela Chitty, Alférez Félix Romero
3. Goleta Peacock, Teniente de Fragata Clemente Castell
4. Goleta Emprendedora, Alférez Tomás Vega
5. Goleta Independiente, Capitán de Fragata Samuel Pelot
6. Goleta Leona, Capitán Juan Mc Cann
7. Bergantín Confianza, Teniente de Navío Pedro Urribarri
8. Goleta Antonia Manuela, Capitán J. Rastigue de Bellegarde
9. Goleta Espartana, Capitán Marcy Mankin
10. Bergantín Marte, Capitán de Navío Nicolás Joly

Como es fácil constatar, la mayoría son extranjeros. Son mercenarios que se internaron en el Lago de Maracaibo a buscar grandes recompensas. Una auténtica Legión Extranjera.

La célebre Cofradía de los Hermanos de la Costa revivida. Las presas que obtuvieron luego de masacar a la endeble escuadra del Almirante realista Angel Laborde el 24 de julio de 1823 fueron siete embarcaciones entre bergantines y goletas. “Tres goletas escaparon únicamente: las dos que estaban a vanguardia y la Especuladora, que acercándose cuanto pudieron a tierra, huyeron para Maracaibo, junto a la Guaireña, Atrevida Maracaibera y flotilla de faluchos y piraguas armadas, pero hechas pedazos y con muy poca gente”. Este lacónico parte de guerra corresponde al derrotado Almirante español Ángel Laborde.

Todos estos corsarios y mercenarios tienen en común que son el producto residual de la larga disputa colonial en el Mar Caribe. Y que fueron a por los despojos de una España moribunda ya en fase terminal. La España de la estrategia de la derrota; la España altiva de la “locura gloriosa”. En 1808, España se apeó de América y la dejó prisionera de la incertidumbre. Y cuando se acordó de ella en 1814, porque se zafó del invasor francés, apeló a la política represiva sin contar con los medios económicos y militares para reconquistarla. Los imperios, nos dice el historiador inglés Arnold Toymbee (1889-1975), caen siempre por mucho que su poderío haga pensar lo contrario.

Lo que hoy escribimos y parece tan obvio escapó por completo a un “especialista” en el tema. El hallazgo de ésta “carta robada” se lo debo al Rector Ángel Lombardi y sus capacidades como almologo y a mi buen amigo y gran ensayista Miguel Ángel Campos transfigurado en el exquisito detective Chevalier Auguste Dupin, cuando en el prólogo que hace a mi libro: “Conspiración de Maracaibo, 1799” (2009), hace ésta observación: “Un intento de saqueo, organizado entre gente patibularia del cabotaje y arribistas de la ciudad, se transforma en gesta pionera, pero la participación de auténticos piratas en la Batalla naval del Lago, combatiendo del lado de la República, es un hecho casi desconocido por la historiografía, y por supuesto jamás enseñado en la escuela, pues no se ajusta al canon (Consúltese: “El curso venezolano” de José Rafael Fortique, 1968)”.

El discurso patriótico es tan poderoso y subyugante que ejerce un control incluso sobre las mentes más acuciosas e inquietas. Romper esta cárcel ideológica es tarea prioritaria en Venezuela.